

Cultura de la Confesión (2). El hombre fuerte, consciente y honrado, sabe que es pecador, que tiene necesidad de ser perdonado; sabe que “es propio del hombre equivocarse”. Podemos encontrar neurosis y complejos de culpa en este campo, pero éstos se manifiestan con otras características diversas de la autocrítica valiente, de la fuerza del pedir perdón y de la capacidad de recomenzar.

❖ Cfr. Raniero Cantalamessa, La parola e la vita anno B, Città Nuova IX edizione, giugno 2001, VI domenica del tempo ordinario, pp. 191-196

○ **Si quieres, puedes limpiarme**

Marcos 1, 40-45: 40 . Se le acerca un leproso suplicándole y, puesto de rodillas, le dice: « **Si quieres, puedes limpiarme.** » 41 Compadecido de él, extendió su mano, le tocó y le dijo: « Quiero; queda limpio. » 42 Y al instante, le desapareció la lepra y quedó limpio. 43 Le despidió al instante prohibiéndole severamente: 44 « Mira, no digas nada a nadie, sino vete, muéstrate al sacerdote y haz por tu purificación la ofrenda que prescribió Moisés para que les sirva de testimonio.» 45 Pero él, así que se fue, se puso a pregonar con entusiasmo y a divulgar la noticia, de modo que ya no podía Jesús presentarse en público en ninguna ciudad, sino que se quedaba a las afueras, en lugares solitarios. Y acudían a él de todas partes.

La cultura moderna intenta convencernos de que es equivocado reconocerse pecadores, crearnos complejos de culpa; de que hay que acabar con el darnos golpes de pecho, de que lo que nosotros llamamos pecado - cuando se trata de cuestiones que se refieren al sexo – es sólo un tabú, se trata sólo de condicionamientos e inhibiciones que nos han metido en la infancia; que no debemos dirigirnos a Jesús sino, si acaso, al psicoanalista o que debemos explicar nuestras angustias en la sección “cartas al Director” que se leen en las revistas semanales, especialmente femeninas. Ante el pecado ya no temblamos, sino que - también los cristianos – nos complacemos guiñando un ojo maliciosamente, como si se tratase de un chico pequeño con el que se bromea. Efectivamente ha bajado espantosamente la conciencia de la conversión, especialmente la conversión sacramental.

¿Qué podemos hacer? Desde luego no meternos con la cultura moderna, o con el psicoanálisis, que cuando es serio (¡frecuentemente no lo es!), tiene una función importante para ayudar a los hombres de una época de psicología retorcida y enferma como es la nuestra. En cambio debemos redescubrir el significado bíblico de la conciencia del pecado y de la petición de perdón, que forman parte de la psicología más sana del hombre; no ha nada más “falso” que el superhombre que es incapaz de admitir el más pequeño error. El hombre fuerte, consciente y honrado, sabe que es verdaderamente pecador, que se equivoca, que tiene necesidad de ser perdonado. Sabe que “es propio del hombre equivocarse”. El hombre que vive así está en la verdad, no en la mentira. Nadie excluye que en este campo puedan darse neurosis, pero se manifiestan precisamente con otras características diversas de la valiente autocrítica y de la fuerza del pedir perdón, de la capacidad de levantarse para recomenzar. Estas cosas son exactamente lo contrario a lo que se entiende por neurosis o actitudes enfermizas.

Ante Dios no estaremos nunca en la verdad si no reconocemos nuestros pecados. Él se mantiene distante del soberbio, del fariseo; los deja en sus pecados; “Yo he venido a salvar a los pecadores” (Mateo 9,13), es decir, a los que así se consideran.

Descubramos, por tanto, la alegría de acercarnos a Dios para decirle con humildad: *Padre, he pecado, si quieres puedes curarme.* Demos significado a lo que decimos al inicio de la Misa: «Hermanos, reconozcamos nuestros pecados ... Yo confieso ante Dios, Padre todopoderoso que he pecado mucho ...», y antes de comulgar: «Señor, yo no soy digno».

www.parroquiasantamonica.com